que Garibaldi se restableciese poco á poco, pues rodeado de su familia y de un círculo de leales amigos, nunca llegó á faltarle la menor cosa.

Sin embargo, la salud de aquel hombre estraordinario se habia resentido demasiado para que pudiera volver tan fácilmente á su estado normal. La herida le impedia andar, y no era fácil que se hallase en estado de conducir otra vez tropas al campo de batalla antes de mucho tiempo. En 1864 hallándose en Ischia, despues de su visita á Inglaterra, parece que dijo á un francés amigo suyo: «Mi salud es buena, el tronco está sano, pero los miembros no sirven para nada, y debo darme prisa si he de librar á Roma y Venecia, pues de lo contrario, no tendrian mis piernas bastantes fuerzas para sostenerme.»

La política de Francia, su dominio y su poderio, constituyen otro obstáculo aun mayor para que el general pueda llevar á cabo empresa alguna, y es probable que su brillante carrera militar haya terminado por mas que su intencion sea levantar el estandarte de la libertad en favor de Italia ó de otra nacion oprimida. Nadie puede asegurar, sin embargo, que Garibaldi no conquistará nuevos laureles, pero el estado actual de los negocios públicos en Europa, las condiciones físicas del general y su edad avanzada, parecen oponerse á que se lanze de nuevo á los campos de batalla. Prescindiendo de esto, las opiniones de los políticos del Piamonte y de los hombres que constituyen el gabinete del rey no son las mas apropósito para que Víctor Manuel llame de nuevo á Garibaldi cuando trate de libertar á Roma ó Venecia.

CAPÍTULO XXXII.

Garibaldi visita á Inglaterra.—Desembarca en Southampton.—Recibimiento que se le hizo en la isla de Wight.—Recepcion en Newport.—Invitaciones de las provincias.—Método de vida en Brook House.

Durante la permanencia de Garibaldi en Caprera, despues del fatal combate de Aspromonte, el gabinete de Turin se mostró muy inquieto, aun cuando no se hizo cambio alguno en el ministerio, porque temia aun al ex-Diciador. Creíase en general que el rey no participaba de las mezquinas ideas de sus consejeros, mas no por esto dejaba de estar alarmado hasta cierto punto, pensando que acaso Garibaldi podria intentar, cuando estuviese restablecido, algun movimiento que diese lugar á una guerra con Austria ó á un rompimiento con Francia. Era opinion de los políticos de Turin y de los jefes militares, que Italia no podia luchar con ninguna de dichas potencias y que una guerra para recobrar á Venecia, arruinaria al reino de Víctor Manuel á menos de hallarse este apoyado por Francia ó Inglaterra. El Emperador Napoleon no deseaba intervenir en semejante empresa, pues temia la alianza de Austria y Rusia, y por otra parte, érale preciso tener muy en cuenta las íntimas relaciones de la corte de Inglaterra con Prusia y algunas de las familias reales de los Estados menores de

Alemania. Napoleon sabia que en una guerra con aquellas potencias, que contaban ciento treinta millones de habitantes, no se debia esperar el auxilio de los ingleses, y no era imposible que se suscitáran luego diferencias con el Gobierno Británico, de tal modo que este se convirtiera en enemigo en vez de aliado. Aun cuando se prescindiese de estas consideraciones, la guerra civil de América indicaba que podria turbarse la paz con los Estados del Norte, en cuyo caso no le seria posible al Emperador ocuparse de Italia, y además de esto, como uno de sus proyectos era entonces derribar el Gobierno republicano de Méjico, como lo habia hecho en Roma, para sentar en el antiguo trono de los Motezumas al archiduque Maximiliano, tenia interés en que fueran amistosas sus relaciones con Austria. Bajo semejantes circunstancias, Italia no podia contar con el apoyo de Napoleon, y por lo tanto, Víctor Manuel pensó juiciosamente que su política debia reducirse á esperar con paciencia hasta que las nuevas combinaciones europeas y los sucesos, permitieran á Francia cooperar en la conquista de Venecia, ó cuando menos proteger el trono de Italia si se frustraba la empresa que tenia por objeto librar á dicha provincia de la dominacion del Croata.

Víctor Manuel opinaba tambien que todo el poder de Italia era insuficiente para arrojar á los franceses de Roma, ni era tampoco prudente intentarlo, tanto menos cuanto que seria mas fácil inducir al Emperador á que desistiese de la ocupacion, valiéndose de las negociaciones diplomáticas, toda vez que la hija del rey estaba casada con el primo del Soberano de Francia. Esto esplica la frialdad de Víctor Manuel hacia Garibaldi y el que no se opusiese á que su Gobierno vigilara atentamente al solitario huesped de Caprera.

Entre tanto, el pueblo inglés censuraba á Víctor Manuel por su ingratitud, y al Gobierno de Turin por su indigna conducta y mezquinos sentimientos, dándose el caso de que cuanto mas se mortificaba á Garibaldi en su retiro, tanto mas se le admirara en Inglaterra. Los discursos que pronunciaron en el Parlamento Británico ciertos oradores, aliados del despotismo, criticando á Garibaldi y condenando su conducta, contribuyeron mas que nada á que el pueblo inglés se declarase en favor del héroe, mientras la sábia y liberal política del gabinete de Palmerston respecto á Italia, encontró un decidido apoyo en toda la Gran Bretaña. Tal era el estado del espíritu público cuando se anunció que el ex-Dictador iria á Inglaterra muy en breve. Muchos ilustres personages habian visitado antes la córte de la Reina Victoria, y entre ellos se contaban, Napoleon III y la Emperatriz, Víctor Manuel, y otros príncipes, á todos los cuales se recibió muy bien, pero el entusiasmo no debia ser tan grande como el que escitó el famoso general.

Tan pronto como se supo con certeza que el gran Libertador se iba á poner en camino para Inglaterra, todas las sociedades y corporaciones hicieron sus preparativos con el objeto de recibir dignamente al esforzado campeon de la libertad, y demostrarle que sabian apreciar en lo que vale, á un noble y honrado patriota. Los *hurras* de Lóndres debian hacer olvidar á Garibaldi lo que padeció en Turin; el prisionero de Spezzia iba á tener una ovacion que ningun rey ó emperador podian esperar; Inglaterra, en fin, estaba dispuesta á pronunciar el veredicto sobre la política del Piamonte, de una manera solemne.

Dominaba el deseo general de conocer al hombre que habia hecho y sufrido tanto; contemplar de cerca las facciones del héroe y ver si se encontraba armonia entre su aspecto y su carácter.

Southampton fué la ciudad de Inglaterra á quien cupo el honor de recibir primero á Garibaldi, pues habíase convenido de antemano que desembarcaria allí para trasladarse á la residencia de Mr. Seely, en la isla de Wight.

Era la intencion del pueblo de Southampton celebrar la llegada del noble huesped con algunas salvas, una procesion y otras demostraciones en gran escala, y sabido esto, acudió á dicha ciudad un sinnúmero de personas de los pueblos cercanos y del mismo Lóndres, de modo, que el sábado 2 de abril de 1864, dia en que se esperaba al general apénas cabia la gente en Southampton. El buque, el *Ripon*, que conducia á Garibaldi, no llegó sin embargo hasta el domingo, y como en este dia, destinado esclusivamente á cumplir con los preceptos religiosos, no se permiten en Inglaterra fiestas ni regocijos, la entrada fué algo triste. A eso de las doce y media, mientras el pueblo estaba en la iglesia, recibióse en Southampton un telégrama de Flurst Castle

anunciando que el *Ripon* acababa de llegar á dicho punto, y acto contínuo, el capitan Engledue, puso un vapor á disposicion de los amigos del general, á quienes acompañaban los redactores de varios periódicos. Mr. Seely, el duque de Sutherland, el general Eber, que tantas veces se habia batido gloriosamente á las órdenes de Garibaldi, sobre todo en Volturno; una diputacion del comité italiano de Lóndres, compuesta de los señores Semenya, Negretti, Serena y Vivante; Mr. Richardson, tesorero del comité de festejos, y Mr. Cowen, amigo íntimo del general, formaban la comision que salió de New Castle; el Lord Corregidor y otros funcionarios, se quedaron en el puerto para recibir oficialmente á Garibaldi.

La comision avistó bien pronto al *Ripon*, y Mr. Seely y el duque de Sutherland, fueron los primeros en entrar en la cámara del general, quien aceptó la invitacion del duque para que se alojase en su casa durante algunos dias, y momentos despues, presentóse, ante los demás señores de la comision con esa amabilidad y esa sonrisa que le caracterizaba.

Todos observaron con pena que las facciones del héroe revelaban sus muchos padecimientos, que sus cabellos anunciaban ya el invierno de la vida, y que para andar le era preciso apoyarse en un baston.

Además de sus hijos Menotti y Ricciotti, el primero de los cuales contaba ya 22 años y se habia distinguido, batiendose valerosamente varias veces al lado de su padre, acompañaban á Garibaldi otras cuatro personas, á saber: el *Signor* Guezzoni, su secretario particular, que habia sido diputado en Italia y egercia una gran influencia en el general; Basso, que como sabemos era su capellan, y estaba resuelto á seguir al héroe á todas partes; el coronel Chambers, que desempeñaba las funciones de secretario inglés, y era diputado por Lancashire, y por último un teniente coronel que habia sido magistrado de Liverpool.

Un corresponsal del *Daily News*, publicó entonces las siguientes noticias acerca de la llegada de las diputaciones á bordo del *Ripon*:

«Un mayordomo anuncia que el general está en su camarote, y en un momento se llena este de gente: el duque de Sutherland, el general Eber, y Mr. Seely, son los primeros que entran, mientras

Mr. Dolmage se pone de centinela á la puerta para que no se precipiten todos á la vez, y esperen á que les toque el turno. Oigo una voz dulce, pero sonora, que dice: «Estoy mejor, mucho mejor; os doy las gracias,» y en aquel momento, por un cambio de posicion, consigo acercarme al dintel de la puerta y ver al general. Está sentado en su lecho, y en aquel instante estrecha la mano de su amigo Cowen, preguntándole con el mayor interés por New Castle y sus amigos; algunos minutos despues, y apoyado en su baston, se dirige, seguido de todos nosotros, hácia el sillon que le sirve para descansar, lo cual me permite examinar perfectamente la persona de Garibaldi. Es un hombre de magestuosa presencia, su estatura es de cinco piés y ocho pulgadas, parece muy vigoroso y se reconoce que tiene dotes de mando; su frente es espaciosa, su mirada dulce, su nariz recta y bien formada, y en sus labios se dibuja una sonrisa que envidiaria una mujer. Vestia un pantalon claro muy bien hecho, botas altas negras, y una gabardina gris, y cubria su cabeza un gorro bordado muy bonito; un pañuelo negro de seda que le rodeaba el cuello, y un albornoz de color carmesí claro, completaban su trage, que por lo pintoresco llamaba la atencion. El general entiende el inglés perfectamente, pero cuando lo habla, se reconoce su acento estranjero.

El *Ripon* se iba acercando insensiblemente al puerto adonde debia desembarcar Garibaldi: los muelles estaban atestados de espectadores, cuyas aclamaciones se oian ya, y que atronaron el espacio apenas apareció el general sobre cubierta. Garibaldi permaneció en pié algun tiempo para que todos pudieran verle bien, y cuando el buque hubo anclado, la comision oficial pasó á bordo, donde fueron introducidos desde luego á presencia del distinguido huésped. El Lord Corregidor dirigió entonces á Garibaldi un breve pero espresivo discurso, diciendo entre otras cosas que le felicitaba por su llegada, no solo á Southampton sino tambien á Inglaterra; que no le era posible espresar con palabras los sentimientos del pueblo inglés respecto á su persona; que su nombre habia llegado á ser ilustre y célebre en todo el mundo, y por último, que al darle la enhorabuena por su feliz arribo á las costas de Inglaterra, esperaba tener la honra de que se aceptase su hospitalidad. El general no contestó sino estas palabras: «Os

doy las mas espresivas gracias por vuestra bondad, y acepto con gusto tan generoso ofrecimiento,» y entrando por un instante en su camarote, escribió una breve carta al Comité italiano, de la cual reproducimos una copia exacta. Decia así:

«*Desidero non avere demonstrazioni politice, sobre tutto non eccitare dei tumulti,*» cuya traduccion es la siguiente: «Deseo que no se haga ninguna demostracion política, y sobre todo que no se promueva un tumulto. Escrita la misiva, el general se presentó de nuevo sobre cubierta, siendo saludado otra vez por entusiastas aclamaciones, y entre los concurrentes tuvo el gusto de ver á dos que vestian el uniforme Garibaldino, así como tambien á varias señoras, á quienes recibió con paternal ternura, y una de las cuales le entregó un mensage de bienvenida escrito en italiano. Reconoció además entre sus admiradores á Mr. Arturo Andrew, hijo de Ricardo Andrew, que era Mayor cuando el general Kossuth, á Mr. Cowen, y á otros varios antíguos amigos. Llegada la hora de desembarcar, Garibaldi tomó asiento en el carruage del Lord, tirado por cuatro magníficos caballos, y tuvo una vez mas la satisfaccion de ver que el inmenso gentio que se hallaba al paso, le victoreaba con el mayor entusiasmo. Al llegar á la residencia donde debia alojarse, observó que ondeaba en el edificio la bandera italiana con la cruz de Saboya, é introducido en sus habitaciones, salió al momento al balcon para saludar al pueblo.

Los pasajeros del *Ripon* no encontraban palabras para elogiar al noble patriota, pues á todos ellos les dirigió la palabra con la mayor bondad, dejándoles igualmente complacidos.

El dia siguiente fué de gala para Southampton: las banderas ondeaban en todas las casas y edificios, y hasta en los mástiles de los buques del puerto; las tripulaciones obtuvieron permiso para disfrutar de la fiesta, y ya desde por la mañana comenzó á recibir el general diputaciones y manifiestos. Mr. Cowen, de New Castle, le presentó algunos del Norte de Inglaterra y de Escocia, así como tambien varias invitaciones de muchos pueblos y ciudades importantes que deseaban ver al famoso jefe, y entonces trazó este un plan, segun el que le seria posible visitar la mayor parte de los puntos que se le indicaban, ya que no todos.

A eso de las once se formó una procesion que debia dirigirse á la residencia del Lord Corregidor, mas era tal el gentío que obstruia las calles, que difícilmente pudo aquella abrirse paso.

A la puerta del edificio se hallaba la banda de música de ingenieros, que tocaba el himno de Garibaldi y algunas marchas guerreras, las mas adecuadas para recordar los brillantes hechos de armas del héroe.

Reorganizada luego la procesion, dirigióse hácia las Casas consistoriales: un carruaje tirado por cuatro caballos, en el cual iba Garibaldi, abria la marcha y detrás iban las corporaciones de la ciudad; los hombres agitaban en el aire sus sombreros, y las señoras sus pañuelos; los balcones y ventanas estaban llenos de espectadores, y en vano las bandas de música trataban de dominar las aclamaciones del pueblo que atronaban el espacio. La ciudad estaba contenta; aquellas sencillas demostraciones de alegría debian conmover al hombre que escitaba tanto entusiasmo. Cuando la comitiva hubo llegado á la puerta del edificio, Garibaldi fué introducido en la cámara del Consejo, y al discurso que pronunció el Lord Corregidor, breve, sencillo pero elocuente, y encaminado á ensalzar las virtudes del ilustre viajero, contestó el Presidente de la corporacion con otro no menos halagüeño para aquel á quien iba dirigido.

Probablemente no habia entonces en Southampton ningun hombre público, de cualquiera nacion que fuese, que no tomára parte en las demostraciones de aquel dia, si bien debemos hacer una sola escepcion: Rosas el ex-Dictador de Buenos Aires, el cruel y sanguinario déspota, á quien Garibaldi habia vencido y castigado, residia en Southampton, donde disfrutaba todo lo mejor posible de sus inmensas, aunque mal adquiridas riquezas, pero ya se comprenderá que no se contaba en el número de los que habian ido á felicitar al héroe de Montevideo. En esto obró con prudencia, pues el contraste de aquellos dos hombres, sus caractéres, su pasado y sus respectivas situaciones, bastaba para escitar el ódio contra Rosas, aun por parte de aquellos que deseaban olvidarle.

Terminada la ceremonia en la sala del Consejo, retiróse la comitiva, y poco despues embarcóse Garibaldi en el *Zafiro*, que debia conducirle